

LOS LIBROS

CRITICA

SEMBLANZAS LITERARIAS DE LA COLONIA, por *E. Solar Correa*.

Junto al mar y un poco aburrido del bullicio ciudadano, hemos dado término a la lectura de «Semblanzas Literarias de la Colonia» (1) por Eduardo Solar Correa; doscientas noventa y siete páginas de nutrida y sabrosa lectura.

Solar Correa es profesor universitario en la asignatura de Castellano, y ejerce con entusiasmo y cariño su noble profesión. Ahora, siguiendo sus impulsos pedagógicos, está dedicado a la tarea taumatúrgica de resucitar muertos...; unos que «hieden»—como Lázaro en esa tarde del Evangelio—bajo la lápida del Tiempo, y otros que solo «duermen» esperando la armoniosa palabra que los llame.

Ha tenido éxito el profesor. Algunas de esas momias ilustres que yacen en el panteón de las Letras desde los días de la Colonia chilena, diríase que cobran súbita acción ante nosotros y que, aun a despecho de sus muñones roídos por varios siglos de inmovilidad, no carecen de elegancia sus macabras gesticulaciones de cadáveres. Como en la estrofa del poeta, se nos ocurre el señor Solar Correa un poco ayuda de cámara de Carlos V, ordenando a los gloriosos esqueletos de la Historia, con el poderío prestado a su voz por el amo imperial:

(1) Editorial Nascimento, 1933.

Varones que honráis la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias,
salid! . . . que el César os llama.

No nos detendremos a calificar cada uno de los trabajos que integran el volumen que nos preocupa; para nuestro intento bastará señalar que no falta a veces, finura en la expresión, ironía en las citas y una cierta vaguedad muy amable en los contornos de las figuras que se trazan en él, vaguedad de tal naturaleza, que en ciertos casos—como en el estudio dedicado a Ercilla, por ejemplo—nos obliga a creer excesivo el título genérico de «semblanza» con que se le ha incluido en la obra.

Hemos dicho que Solar Correa es profesor de Castellano; desde este doble punto de vista—de *profesor* y de profesor de *castellano*—nos interesa más que en su oficio de crítico, que sólo realiza, a nuestro entender, por las determinantes de inquietud intelectual y de búsqueda de materiales «novedosos» que el magisterio ha llevado a su espíritu.

¿Paradoja? No. En los años que corren es muy explicable que el autor haya ido en busca de novedad a los primeros tramos de la vida literaria nacional. Y es lógico: le dimos tanto las espaldas al pasado, menospreciamos tanto ese período de nuestro vínculo político y racial con España, que a la vuelta de cuatro centurias aquello nos parece nuevo. Hasta cuentan cosas que para los olvidadizos criollos equivaldrán a una sorpresa! . . . *Verbi gratia*: ¿cuántos chilenos cultos serían capaces de decirnos en qué consiste el relieve especial de don Pedro de Oña dentro de la literatura patria? Sin embargo, lo que «sobra» en ese escritor colonial—según Menéndez y Pelayo—«son destellos de talento poético».

Basándose en esta afirmación, Solar Correa agrega en una interrogante llena de interés:

¿No significa esto que Chile—el más tardío de los países *novomundanos* en el despertar poético del siglo XIX,—puede, gracias a Oña enorgullecerse de haber servido de cuna a las musas en este lado del Atlántico? (pág. 97).

De acuerdo, pero el neologismo *novomundanos* nos parece hartamente censurable.

Aunque la palabra «mundano» en la primera acepción que da la Academia hasta 1914, tiene el sentido de algo que pertenece o es relativo al mundo, no es menos cierto que prevalece en el criterio de la gente bien educada la segunda acepción que refiere este vocablo a toda persona «que atiende demasadamente a las cosas del mundo, a sus pompas y placeres». En consecuencia, el neologismo «novomundano», aplicado a los habitantes de América, no reúne las características de precisión, de interés o comodidad científica que debe informar la creación de un término, a fin de que se le dé *pase* dentro de las reglas del idioma o simplemente se justifique su existencia en provecho de los antecedentes que ofrece.

Y ya que de «voquibles» se trata, no desdeñemos este otro, que se puede leer en un párrafo de la pág. 115:

Había casado en este país (don Fernando Rodríguez del Manzano y Ovalle, padre de don Alonso de Ovalle) con doña María Pastene de Astudillo y Lantadilla, nieta de don Juan Bautista Pastene—el hábil piloto de Pedro de Valdivia—y se hallaba por su mujer emparentado a lo más rancio de la aristocracia *santiagueña*.

El adjetivo *santiagueño* no se puede aplicar, como cree nuestro amigo el profesor Solar Correa, a los naturales de Santiago de Chile; sino, únicamente, a los hijos de la ciudad o provincia de Santiago del Estero, como *santiagués* sólo se puede decir de los naturales de Santiago de Compostela. Los habitantes de Santiago de Chile se llaman *santiaguinos* aunque parezca mentira...

No son, sin embargo, los detalles que acabamos de señalar, materia de censura acre. Hemos señalado esos yerros más por curiosidad que por espíritu de zoilo. La doctrina del autor que es al mismo tiempo un maestro, lo que relaciona a este sujeto en su frecuencia con el público que lo escucha, urge más, a nuestro juicio, la vigilancia de una actitud crítica imparcialmente razonada.

¿Cuáles son las características fundamentales del libro cuyo análisis pretendemos?

Desde luego—a primera vista—una grande molestia, un odio no disimulado por la raza autóctona de Chile; por los araucanos. En seguida, veladamente, oculta en frase de untuosa literatura, un desprecio olímpico por el pueblo chileno, invirtiendo en forma apasionada y grave, por cierto que en beneficio del invasor, todo el aporte legendario que debemos a los escritores de la Conquista y la Colonia. Procedimiento censurable, porque el no significa en el caso que comentamos, la aplicación rigurosa de métodos históricos a los basamentos de la leyenda, sino, simplemente, inversión personalísimo de valores, por el muy viejo y chileno sistema de «dar vuelta la tortilla».

Para Solar Correa, los araucanos de la protohistoria chilena no pasan de ser una raza de bárbaros, consumidos por su categoría inferior y prestos a todos los vicios. Las virtudes, la nobleza, las categorías altas del heroísmo y la inteligencia que les atribuyen los escritores hispanos que convivieron con ellos desde Ercilla para adelante, son quimeras increíbles, engaños de poeta que a través de sus propias cualidades juzgan las ajenas, tornando en bueno lo malo y en blanco lo borroso. Cuando el bardo o el cronista colonial pondera al indígena de Arauco, con el lenguaje exaltado que la epopeya del siglo XVI, marcó en el pulso de los grandes exploradores blancos que a la vez manejaban una pluma, el profesor santiaguino del siglo XX, protesta gruñón.

¿Malevolencia? Se nos ocurre que simple mala interpretación. Solar Correa nos desconoce, previo un estudio comparativo de literatura y de acontecimientos, la psicología de los aventureros europeos de los siglos XVI y XVII y XVIII. Hombres descuajados del influjo renacentista—inductivo y formal—no tenían a su albedrío otra facultad creadora que el sentido panteísta que dan los ojos del misticismo. El Renacimiento italiano hace dioses de mármoles; el Renacimiento español, huyendo del paganismo mediterráneo, menos fuerte que la atmósfera espiritual del siglo, queriendo renegar de su

época, no logra otra cosa, sin embargo, que inventar dioses de carne y hueso.

Mas, esta fantasía del historiador o del poeta hispano, no se opone a la fantástica realidad que tiene ante sus ojos. Arauco, aquel pueblo de nativos que interrumpe con tenacidad secular el avance de los soldados de España, posee, asimismo, virtudes congénitas dignas de admirarse. Raza de agricultores que no desdeñan las armas para defender su libre tierra; individualistas severos, unidos a mujeres de la más ejemplar honestidad, varones esposados, dignos, no descansaba, sin duda, en ellos, la cultura de los grandes ciclos de la civilización occidental, pero, eso, sí, sabían guardar tanto como el más orgulloso pueblo del mundo, los fueros de su existencia sin complicaciones, soberana y pura.

¿No era este espectáculo más que suficiente para impresionar a los «civilizados» conquistadores?

Ahora bien, poniéndose al margen de cualquiera seria investigación, Solar Correa escribe:

Ercilla descubrió—inventó—el araucano; Ovalle descubrió el paisaje chileno; entrambos acontecimientos pueden mirarse como el punto de partida de toda nuestra literatura que, en su esencia, no es otra cosa que una eterna exaltación del indígena o de sus descendientes—el r o t o, el h u a s o—y una eterna descripción de las bellezas del suelo. (pág. 155).

Hemos dicho que este odio reconcentrado por el autóctono y el mestizo de Chile, se desparrama a través de toda la obra que comentamos y por cualquier motivo. Hasta a propósito del cuño de nuestras monedas...! Comenta en la pág. 188:

El picacho del Aconcagua—orgullo de los Andes—admirable símbolo de elevación que la Naturaleza proporcionó a Chile, estuvo a punto de ser reemplazado por la chatez del araucano.

Lástima grande que por insultar a los nativos, nuestro amigo se olvide de la geografía. El Aconcagua, la más alta cumbre de la Cordillera de los Andes, no pertenece a Chile; situada entre los 32°39' (treinta y dos grados treinta y nueve minutos)

de latitud Sur y los 70° (setenta grados) de longitud Oeste, se sale de los límites chilenos y queda ocupando un lugar fronterizo de la provincia de Mendoza. Es, por lo tanto, pese los conocimientos numismáticos del señor Solar Correa, una montaña argentina.

No creemos pecar de chauvinistas, pero más de un siglo de vida dentro de las naciones libres del Globo nos autorizan para contemplar con menos pesimismo nuestra Historia. La gran mayoría de la población chilena está vinculada racialmente a los mestizos de araucanos, y no hay motivo para menospreciar su actuación dentro del desarrollo político-económico social del continente colombino. Las inquietudes, las conmociones, las incertidumbres, porque ha pasado la nacionalidad chilena, han sido propias a su crecimiento o a las horas trascendentales de la Humanidad que a ella también le ha tocado vivir. Y si fué digna y varonil la gestación de su libertad, ¿por qué no prestigiar sus méritos y exaltar sus virtudes? No hacen otra cosa los grandes maestros europeos cuando hablan de su patria.

Este desborde de amor por el terruño, hace bien; desde luego sirve para contrarrestar opiniones adversas o calumniosas que andan por ahí, desprestigiándonos.

Hoy (advierte Solar Correa,) tenemos fama en el extranjero —¿será posible decirlo sin eufemismos?— fama de ladrones. Y esta fama, conocida aquí de todos, no levanta una protesta, no indigna a nadie (pág. 234).

Tal vez es posible esto último por tratarse de una estupidez calumniosa. ¡Dios nos libre de acallar los defectos que nos aquejan! Mas, el porcentaje de robos que existe en el país, no es, ni con mucho, algo que nos señale excepcionalmente a los ojos de los países cultos. ¿Conoce el señor Solar Correa, estadísticas de la delincuencia mundial? ¿No sabe, por ejemplo, que en la sola ciudad de California se cometen más crímenes que en el Reino Unido de Inglaterra e Irlanda?

Terminemos.

El libro de Solar Correa es un libro bien escrito—bien redactado, diríamos mejor—con excelente presentación tipográfica.

fica, pero un *españolismo* (no hispanofilia, que en general la tenemos todos los chilenos) que a pesar de los méritos de la obra, hacen antipática su lectura y desagradable sus consecuencias.

A veces, rompiendo la pareja untuosidad de las oraciones, una vena de inspiración poética corre trémula y cristalina entre la aridez socarrona de las páginas. Entonces damos un grito de júbilo y se lo agradecemos al autor, leyendo un trozo en voz alta. Tended el oído a uno de estos frescos murmullos de oasis:

El agua (está refiriéndose a Alonso de Ovalle) provoca en su epidermis una especie de voluptuosidad. Tan ostensible es dicha circunstancia que, cuando leíamos su libro, en nota marginal escribimos:

¡Como ama este hombre las aguas! No contento con deleitar su vista en ellas, parece gozarse en palparlas, en acariciarlas. . .

Y no fué pequeña nuestra sorpresa al posar poco después los ojos en las líneas que siguen:

Aun sin beberse—el autor habla de las aguas de Bucalenu propiedad entonces de la Compañía de Jesús—aun sin beberse se conoce en el tacto su nobleza, porque su blandura y suavidad es como de mantequilla, y así ablandan y modifican las manos. . . La tímida, pero tiranizante conjetura del escolista era una realidad perfectamente comprobable. Ovalle palpaba, acariciaba las aguas.

Y continúa más adelante:

La obra, en general, (la «*Histórica Relación*»)... respira la gozosa bienandanza del hombre que, despreocupado de graves o ásperos problemas y sin que lo atice la ambición, se deleita viviendo, mirando, paladeando cuanto le rodea. Diríase que la vida es una noble y sabrosa fiesta para este goloso de sensaciones. Hasta llegar a realizar, a veces, como para multiplicarlas, — y de manera espontánea—esé trueque o transposición sensorial, caro a Baudelaire, que nos parecía una de las más audaces novedades de la sensibilidad moderna. El agua la palpa a más de mirarla y gustarla, extendiendo así al tacto la sensación de ella. El olfato le habla de belleza del mismo modo que al poeta de la *Flores del Mal*, le habla de colores y de sonidos: «es tan lindo olor y tan preciosa esta madera». ¡Tan lindo olor! Curiosa suerte la de este expresión. . . (págs. 137 y sigs.)

Sí; ¡y qué delicadeza qué elegancia de síntesis cordial!

Desgraciadamente, Solar Correa no nos prodiga este lenguaje. Al contrario, parece más bien, que buscara la nota áspera o terca a objeto de causar impresión adversa. En cierta oportunidad llega a la hiperestesia aguda, sin poderse contener en su ira:

Como si todo el ruido de la ciudad fuera nada—escribe—en cada esquina, rodeado de auditorio numeroso, hay un ciego majadero que toca la flauta o un mal violín....(pág. 134).

Si Solar Correa fuera un artista, un verdadero artista, ante el espectáculo del músico ciego, habría tenido una doble sensación: la de la música mala y la de la tremenda desgracia de la ceguez—y —corazón de poeta—habría callado la censura. Rubén, Rodó el armonioso Cristóbal de Castro, en vez de «ciego majadero» habrían escrito, «hermano ciego».

Sea dicho en homenaje a Francisco de Asís.—*Augusto Iglesias.*

NOVELA

«LLAMPO BRUJO», por *Sady Zañartu.*

La literatura chilena es pobre en novelas nortinas. Puede sin hipérbole decirse que casi toda esa vasta y rica región se halla virgen en nuestra literatura imaginativa.

Hay dos o tres libros que constituyen una excepción. Entre éstos se destaca la novela «Carnavalaca» de Andrés Garafulic, cuya potente visión de las masas lo hace apto para emprender obras más extensas; y Honorio Henríquez Pérez, que pintó a Vallenar y sus costumbres en «Por la gloria de San Ambrosio».

Toca ahora completar este ciclo a Sady Zañartu, laborioso y tenaz artista que ha viajado mucho y ha obtenido una curiosa documentación sobre hombres y cosas de América.

Este escritor nació en Taltal y le tocó desenvolver su infan-